

les por las cosas, por las palabras, por el estilo y por la materia están tenidas en mucho aprecio. Entre las cartas toscanas han obtenido fama mas universal las de Redi, las quales tienen ciertamente un language muy correcto, pero aparecen sobrado sencillas, y á veces excesivamente llanas; y las de Magalotti, que sino son tan puras y tersas en el toscanismo, tienen mas desenvoltura y mas brio. Yo no me atreveré á internarme en el inmenso campo de cartas italianas, que se han publicado en estos tres siglos; y solo diré, ciñendome á las mas modernas, que las de los Boloñeses, tan justamente estimadas por la elegancia, y por un cierto gusto italiano nada alterado con sentencias, ni con expresiones extranjeras, no pueden agradarme enteramente por el estudio y afectacion de copiar á los latinos ó á los italianos del siglo decimosexto, y por un cierto ayre embarazoso y atado, que quita la principal belleza de las cartas, qual es la natural desenvoltura y libertad. Diré también,

bien, que Algarotti parece haber querido ostentar en sus cartas esta franqueza y elegante familiaridad; pero sin embargo manifiesta sobrado el estudio de buscar á veces desde muy lejos las alusiones, las sales y la graciosidad; y sus cartas tienen mas afectacion y estudio, que naturalidad y sencillez. Diré finalmente, que entre todas las cartas italianas son, en mi concepto, las mas elegantes y graciosas las cartas de Bianconi sobre la Baviera y sobre Celso; pero aún estas mismas son mas didascalicas y eruditas que familiares; y concluiré, que la Italia en este genero de eloquencia epistolar carece todavía de una obra verdaderamente clasica y magistral, la que tal vez podrá tener en breve, si, como promete Martinez, salen á luz las cartas de Metastasio.

En mejor estado se encuentran en esta parte los Franceses, en quienes parece como nativa la eloquencia epistolar. Las primeras cartas francesas, que aún el dia de hoy se leen, son las de Voiture y de Balzac, algunas de las quales, aunque so-

Franceses.

brado cargadas de antitesis y de otras figuras, y escritas con un estilo afectado, y con una dición estudiada y embarazosa, tienen sin embargo el merito de nobles pensamientos, de justas reflexiones y de sabias máximas, que hacen que se lean con gusto á pesar de los defectos del estilo. No hablo de las elegantes cartas provinciales de Pascal, porque siendo todas cartas didascalicas con algunos rasgos historicos, no tienen mas de epistolar que la forma de cartas. Boileau y Racine han escrito cartas, que guardando toda la naturalidad y facilidad de un comercio familiar, están llenas de rasgos ingeniosos y de espontaneas agudezas, que hacen ver el genio de los escritores. Flecher, la Mothe, le Vayer y otros muchos Franceses han enriquecido con sus volumenes la eloqüencia epistolar. Pero la soberana maestra y la verdadera Reyna del estilo epistolar, superior en su genero, no solo á las Teanos, á las Eudocias, á las Gambaras y á las mas celebradas mugeres antiguas y modernas, sino tambien á los mas

eloqüentes Franceses, debe llamarse sin contradiccion alguna la marquesa de Sevigné. Varios son los volumenes de sus cartas á su hija la condesa de Grigman, en los cuales no se encuentra, no solo una carta, pero ni aún casi una línea, en que no prorrumpa con alguna expresion de su afecto materno; y estas continuas ternuras, que deberian cansar á los lectores indiferentes, están escritas con tal sensibilidad, que les hace tomar mucha parte en ellas, y les causan singular gusto. En medio de objetos los mas remotos, que parece que deban presentar ideas muy diferentes, se hace saltar un recuerdo y una expresion de afecto con la mas delicada y graciosa naturalidad: donde menos se espera se oye una amorosa reflexion, y una dulce caricia expuestas con mucha delicadeza de ingenio, pero que aparece natural y oportunas, sin violencia ni afectacion. Alguno tal vez querrá reprehender en una madre, y madre tan respetable como lo era la Sevigné, un tan vivo enagenamiento, y un amor tan ciego, que á

veces parece hacerla olvidar el decoro de su dignidad, y que se encoja delante de su propia hija. Yo no quiero llamar á juicio al corazon materno, ni entrar á decidir hasta que termino sea permitido á una madre entregarse á su amor; pero sí diré, que el afecto de la Sevigné, sea moderado ó excesivo, se vé expresado con tanta delicadez y naturalidad, y tan propia y espontaneamente, que no solo se perdona de buena gana, sino que se hace amable y digno de aprecio. Ademas de la ternura y afecto, y de toda la parte patética, que es singular y original en las cartas de la Sevigné, se encuentran tambien en ellas otras muchas prendas, que dan á aquella célebre muger un honroso lugar, no solo entre los autores de cartas, sino entre los mas ilustres escritores, y los mas distinguidos en la verdadera eloqüencia. Aquella su elegante sencillez, aquella culta negligencia, aquella gracia natural y aquella espontanea facilidad del estilo, no pueden encontrarse en las cartas de los mejores escritores. ¡Que bello ayre no da

á todo su delicada pluma! ¡Con que gracias no sabe adornar aún las cosas mas pequeñas! ¡Quan curiosos no aparecen los incidentes! ¡Quan dignas de consideracion no se presentan las particularidades! ¡Que ingeniosas alusiones! ¡Que finura y exáctitud de juicio! ¡Que sabia y profunda filosofia! Sin la menor vislumbre de pedantería, movida solo del curso mismo de su carta, se manifiesta la Sevigné un juiciosísimo crítico y un sutil filósofo. Una reflexion suya, un epíteto hacen ver mas filosofia en la autora, que las continuas máximas, y las enfáticas sentencias en los pretendidos filósofos de nuestros dias. En suma la marquesa de Sevigné escribiendo cartas privadas á una hija con la mayor confianza y familiaridad, ha visto nacer una obra clásica, que le ha adquirido credito universal; y sin pensar en escribir un libro, sin la menor pretension de ser autora, se ve elevada por la fama pública á la clase de los escritores originales, y colocada entre los mas célebres autores del feliz siglo de la Francia. Ademas de las cartas de la Sevigné están

tenidas en aprecio muchas cartas de mugeres francesas. La Montpensier ha sido harto mas feliz en las cartas que en las otras composiciones. Célebres son las cartas de Maintenon, recomendadas no menos por la elegancia que por la discrecion y juicio con que están escritas. La Villars, la Grafigny y algunas otras mugeres francesas nos han dexado tomos de cartas, con que han enriquecido mas y mas la lengua francesa. No disputaré si realmente han sido escritas por la Pompadour las cartas que tenemos á nombre suyo; pero si diré que tienen cierta gracia y facilidad, ciertos rasgos tan finos y tan naturales, ciertos desahogos de corazon tan oportunos y espontaneos, máximas de moral tan sabia, y política tan perspicaz y justa, que pueden servir de verdaderos modelos, no solo de cartas familiares, sino tambien de cartas sérias y de negocios importantes. El genio de escribir cartas se encuentra particularmente en las mugeres francesas, muchas de las quales tienen raros talentos para este genero de escritos, como dice la Gensilis

lis (a), y poseen en sumo grado la *Eloquencia del Billete*. Los Franceses tienen otro genero de cartas romancescas, que han gustado á muchos lectores; pero á mi no pueden agradarme mucho, ni como cartas, ni como romances. ¿Quién no ha oido recomendar con todo genero de alabanzas las *Cartas persianas* de Montesquieu, modelos de tantas cartas extranjeras, que han infectado las prensas francesas? ¿Que exórbitanes elogios no les dá el filósofo d' Alembert (b)! Pero qualquiera que con ánimo imparcial lea aquellas tan aplaudidas cartas, temo que sentirá no poco fastidio al ver repetir las vulgares y comunes noticias de las costumbres orientales, sin graciosas invenciones, sin agradable enredo y sin amenas narraciones, que las den algo de novedad, y las hagan importantes: encontrará poco orden, y una confusa mezcla en la satira de las costumbres europeas,

(a) *Adèle et Théod. Lettr. X.* (b) *Elog. de Montesquieu.*

aunque por lo regular justa y picante; observará un desordenado amontonamiento de cosas persianas y europeas; no verá bien guardada la ilusion de una confianza epistolar; y concluirá que el mayor merito de tales cartas para con los ingenios amenos, que tanto las celebran, consistió en criticar la religion Christiana como se hace repetidas veces. No obstante las cartas persianas podian al principio agrandar por ser originales, y por la novedad del pensamiento, que aún no se habia hecho trivial; pero tantas otras cartas judaicas, chinescas, cabalísticas, americanas y otras semejantes, que no son mas que copias de aquel exemplar de Montesquieu, cómo pueden merecer la atencion de las personas de gusto? Nosotros ciertamente no podemos mirarlas como verdaderas piezas de eloqüencia epistolar; y de buena gana las dexamos para pasar á otras cartas, que observan mejor un verdadero comercio epistolar. Pero entre las muchas cartas, que de casi todos los escritores se ven salir á luz, las de Vol-
tai-

taire y de Rousseau pueden merecer particular mencion por la celebridad de los autores. Voltaire ha escrito cartas didálicas, críticas, satiricas, familiares y de todas clases, y en todas ha seguido su acostumbrado estilo burlesco y gracioso, vivaz y picante, y se hace leer con gusto. Rousseau ha manifestado igualmente en las suyas quan natural le era el estilo que habia usado en las demas obras, quando en las cartas confidenciales y familiares muestra la misma energía, el mismo fuego y los mismos rayos, que hacen tan animada y ardiente su eloqüencia.

Despues de las cartas de los Franceses ^{Ingleses.} no encuentro mas que algunas de los Ingleses, que puedan excitar nuestra curiosidad. El buen gusto epistolar se introduxo algo mas tarde entre los escritores ingleses, que entre los franceses. Leianse ya mucho tiempo las cartas de la Sevigné, de Racine y de Boileau, quando los Ingleses todavía no habian sabido encontrar aquella culta negligencia, y aquella elegante simplicidad, que son el verdadero orna-
Tom. V. Zz men-

mento del estilo epistolar. El célebre Wicherley quería á principios de este siglo mostrar su ingenio escribiendo á Pope y á otros doctos amigos suyos, y llenaba las cartas de conceptos agudos, de estudiados pensamientos, y de ingeniosas puerilidades. Otros al contrario cuidandose poco de pulir el estilo en las cartas familiares, caian en una especie de abandono y de incultura; y pocos sabian adoptar un lenguaje gracioso y agradable, que sin estudio ni afectacion esparciese las sales y la amenidad epistolar, digna de la culta y gentil amistad de las personas eruditas. Addisson, Arbuthnot y Gay puede decirse que fueron los primeros, que conocieron el buen gusto en aquel genero de eloqüencia. Bolingbroke, lleno de ingenio y de erudicion, despues de una inmensa lectura, de una larga residencia en la Corte, y del trato familiar con las mas nobles y mas cultas personas, y con los mas finos y mas agudos ingenios de toda Europa, no supo dar á sus cartas aquella suavidad y gracia, que es un don singular de

de las Musas; pero sin emqargo sabe agradecer por su extraordinario humor, y por su extraña, pero ingeniosa y profunda filosofia. Sobre todos los otros deleytan singularmente Swift y Pope, los dos ingenios mas amenos y brillantes de Inglaterra, llenos de nuevas y originales prendas de eloqüencia epistolar. Algunas cartas de Swift se resienten algo de la aridez de su habitacion, y del abatimiento de su espíritu; pero que gracia, que sutileza, que sales, que filosofia no se encuentra generalmente, y todo con la mas amable naturalidad y sencillez! Pope es mas culto y adornado, y singularmente en sus cartas juveniles parece á veces que se excede en buscar las flores y las gracias con las frequentes alusiones y compuestas comparaciones, que las hacen algo poeticas; pero este defecto, si acaso lo es, se encuentra de tal modo cubierto con sus muchas y apreciables prendas, que solo se dexa conocer cotejando las floridas cartas de su verde edad con las otras ya mas maduras. En todas brilla la jovialidad de los pensamientos.

mientos, la exáctitud de las ideas, la honestidad y la finura de los sentimientos, la tersura de las expresiones, la pureza y elegancia del lenguaje, la fuerza, la precision, la claridad y perspicuidad, y otras mil bellas dotes de eloqüencia epistolar. Chesterfield ha escrito cartas para la educacion de su hijo, que tambien son elegantes y pulidas; pero que pueden colocarse en la clase de didascalicas. Entre las cartas de Swift se leen muchas de algunos otros, y tambien no pocas de célebres y nobles mugeres, las quales prueban suficientemente, que las damas inglesas tienen casi los mismos raros talentos para este genero de escritos, y la misma *eloqüencia del billete* que poseen las francesas. Pero en esta parte se ha adquirido distinguido nombre entre todas la célebre Montaigne, la qual á la gracia del estilo epistolar ha sabido unir tanta prudencia en observar, y tanto donayre en referir las cosas observadas en los viages, que debe obtener un honroso lugar, no menos entre los viajeros, que entre los autores de cartas. A

estas cartas inglesas añadiremos las alemanas de Leonor Deeling, hija de un ingles, y del aleman Rabener, alabadas por los nacionales como las mas graciosas y delicadas cartas, que se han escrito en lengua alemana. Y considerando en general los escritores de cartas de todas las naciones, y comparando los Franceses con los Ingleses, que son los que mas se han distinguido en este genero, creo poder decir con verdad, que los Franceses tienen mas franqueza y fluidez, los Ingleses mas fuerza y concision, y manifiestan mas el ingenio: unos y otros escriben con naturalidad; pero en los Franceses la naturaleza parece mas sencilla y espontanea, y libremente abandonada á sí misma; en los Ingleses es mas estudiosa y sujeta á la meditacion y á las reflexiones filosóficas: las cartas francesas manifiestan mas estar escritas unicamente para las personas á quienes se dirigen; las inglesas se ven realmente escritas para los amigos, pero pueden parecer compuestas con el deseo de que comparezcan en público. Unas y otras se ha-

hacen leer con sumo gusto; pero queriendo tomar algunas de ellas por modelo, sin rebaxar el merito de las inglesas, propondría yo las francesas como mas conformes á nuestro modo de escribir y de pensar, y tal vez mas propias para un trato amigable y confidencial. Y baste ya de cartas y de eloqüencia epistolar, para la qual mas que para ninguna otra sirve solo una feliz y culta naturaleza, y perjudica singularmente toda apariencia de estudio.

CAPITULO VI.

Elogios.

El célebre Thomás, no contento con haber obtenido mucho credito por la composicion de los elogios, ha querido adquirirse mas merito en este genero de eloqüencia escribiendo distintamente su historia en dos tomos, en los quales, si he de decir lo que siento, hallo excesiva prolixidad, y no mucha exâctitud. Nuestro intento no nos permite seguir con indi-
vi.

vidualidad todas las huellas de los elogios que nos han dexado los antiguos y los modernos, y nos contentaremos con darles una ligera ojeada. Y pasando en silencio algunos cortos elogios que se leen en los libros sagrados, y algunas memorias del uso de los elogios entre las naciones antiguas, empezaremos por los griegos, de los quales podemos hablar con mas fundamento. El sofista Gorgias puede llamarse el primer autor de elogios, y este ha sido omitido por Thomás, quien por otra parte parece haber querido manifestar exâctitud nombrando hasta aquellos escritores, que no tenian todo derecho para ser colocados en esta clase. Nosotros tenemos de Gorgias el elogio de Helena, publicado por Aldo en la *Coleccion de oradores griegos*, y reimpresso despues por algunos otros, y recientemente por Reiske, que lo ha ilustrado con sus notas (a). Isócrates (b) reprehende el elogio de Gorgias, por haberse entretenido en defen-
der

Griegos
escritores
de elogios.

Gorgias.

(a) *Orat. graec.* vol. VIII. (b) *Helen. Laud.*